

Inglaterra. M. Canning podía, como ya lo hemos dicho anteriormente, hacer desembarcar algunos regimientos ingleses en Lisboa, y hallándose el flanco del ejército francés amenazado, no le habría sido posible seguir al gobierno de Madrid á Sevilla. Si las cortes hubiesen permanecido en el Mediodía de España, si no se hubiese dado libertad al rey en Cádiz, si se hubiese defendido esa ciudad, ó hecho embarcar á Fernando, podían haber surgido incidentes imposibles de calcular, incidentes que una sola demostración del gabinete de Londres podía haber provocado. La Providencia miró con ojos propicios la temeridad de la empresa.

Nos atrevemos á decir que no sabemos de nadie que en aquella época hubiese podido desempeñar la cartera de Negocios Extranjeros, por lo menos, nadie que hubiese hecho la guerra según nuestras ideas. M. de Montmorency, y los que participaban de sus ideas, deseaban sofocar la revolución española; pero no habrían solicitado esa empresa con el deseo de romper luego con la Europa. Destruir la obra de las cortes, sin convertir esa acción en beneficio del poder y de la emancipación de la Francia, era no haber hecho cosa alguna sino para la seguridad de un momento: no hallándose el porvenir de Francia ni emancipado ni seguro después de terminada la empresa, los trastornos habrían vuelto á tener lugar en España. M. de Talleyrand, que se manifestó enemigo de esta guerra, está fuera de la cuestión.

En Madrid ocurría una dificultad cada cuarto de hora, unas veces con la junta de la regencia, que el gabinete francés reconocía como soberana y cerca de la cual tenía su embajador, y otras con los representantes de las demás naciones acreditados también cerca de ella. Envidiosos de la Francia según el humor de sus diversos gabinetes, estos ministros tan pronto amenazaban retirarse, como insistían en medidas que no convenían á los intereses del ejército francés; ó bien tomaban parte en las pasiones de los miembros de la junta ó de los diversos jefes realistas; ó bien pedían á M. de Talaru conferencias generales, como si los aliados hubiesen estado allí ellos mismos con su dinero y sus soldados; sin embargo, la guerra era enteramente francesa, pues sobre esta nación pesaban las cargas y los peligros. El enviado designado por el Austria, á propósito de la intervención de Nápoles, decía desde luego que no había recibido órdenes de su gabinete, y que no podía pasar á Madrid para reconocer la junta: todo eso ocurría en presencia de las facciones españolas atentas á los menores síntomas de división.

La Francia se había visto obligada á intervenir en la formación de la junta, ó mejor dicho, á creerla: la junta era la que hablaba á los españoles en nombre suyo; la que impulsaba á los generales de las cortes á tratar con una autoridad de su propio país, cuya autoridad disimulaba á la vista de aquellos lo que podía haber de penoso en un cambio brusco de opinión y de partido. También alentaba á los realistas que al ver cerca de ella un cuerpo diplomático, creían hallarse sostenidos por toda la Europa. Los franceses no habrían podido avanzar una legua del lado de acá de los Pirineos sino hubieran contado con la población. Pero la junta tenía la índole de su país, y las animosidades que tal vez se mezclaban con esa índole, le daban en algunas ocasiones un humor intratable. Además cometió tantas tonterías, y publicó un decreto tan amenazador contra los milicianos que regresaban á sus hogares, que obligó al duque de Angulema á alejarse de Madrid y á publicar en Andujar el 8 de agosto de 1823, la siguiente ordenanza:

«Nos, Luis Antonio de Artois, príncipe de Francia, general en jefe del ejército de los Pirineos,

»Considerando que la ocupación de la España por el ejército francés que mandamos, nos impone la in-

dispensable obligación de procurar la tranquilidad de este reino, y la seguridad de nuestras tropas,

»Hemos mandado y mandamos lo siguiente:

»Artículo 1.º Las autoridades españolas no podrán poner preso á nadie sin autorización del comandante de nuestras tropas en el distrito en que se encuentren.

»2.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, mandarán poner en libertad á los que han sido presos arbitrariamente ó por motivos políticos, sobre todo si son milicianos que regresan á sus casas.

»Exceptúanse, sin embargo, los que después de su regreso hayan dado justos motivos de queja.

»3.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, están autorizados para mandar prender á los infractores de la presente orden.

4.º »Todos los periódicos y periodistas quedan encomendados á la vigilancia de los comandantes de nuestras tropas.

5.º »Se imprimirá y fijará la presente orden en todos los sitios de costumbre.

»Dada en nuestro cuartel general de Andujar el 8 de agosto de 1823.

»LUIS ANTONIO.

»Por S. A. R. el príncipe general en jefe

»El Mayor general,

»CONDE GUILLEMINOT.»

Explicamos en una carta á M. de La Ferronais todo lo bueno que puede decirse acerca de esta orden, la cual sin embargo puso á la prensa española en estado de sitio. Los generales franceses acostumbrados á las guerras napoleónicas y á los decretos del dueño del mundo, no podían desprenderse de ciertos ademanes teatrales y sorprendentes; el príncipe general se dejaba llevar de un espíritu de imitación que en vez de engrandecerlo, le hacía bajar de su nivel. La orden filosóficamente hablando, es altamente honorífica; pero considerada políticamente, no pasa de ser una falta trascendental. Elevaron el decreto de Andujar sobre las nubes: los visionarios encontraban en él su porción de filantropía y de progreso del siglo; los enemigos que se picaban de más previsión, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiración.

Obligado estaba indudablemente el duque de Angulema á impedir las reacciones y á franquear sin estrépito las puertas de las prisiones á los que estaban detenidos por causas políticas; pero formar de esa medida humanitaria una orden tan manifiesta, decir á los realistas, que se favorecía á los liberales, era armar contra los franceses al clero, y la población entera, esa población que nos había abierto las puertas de las plazas, que quitaba todo peligro á la invasión y que nos hacía marchar con el arma del siglo; los enemigos que se picaban de más previsión, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiración. Obligado estaba indudablemente el duque de Angulema á impedir las reacciones y á franquear sin estrépito las puertas de las prisiones á los que estaban detenidos por causas políticas; pero formar de esa medida humanitaria una orden tan manifiesta, decir á los realistas, que se favorecía á los liberales, era armar contra los franceses al clero, y la población entera, esa población que nos había abierto las puertas de las plazas, que quitaba todo peligro á la invasión y que nos hacía marchar con el arma del siglo; los enemigos que se picaban de más previsión, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiración.

Los hombres de práctica que quieren los medios cuando quieren los fines, sabrán calcular la alarma que aquella medida produjo. Júzguese en efecto, teniendo presente el carácter de los españoles, de un pueblo que considera toda amnistía como una denegación de justicia; que no profesa aprecio á la indulgencia; que juega siempre la vida por la vida y que da muerte ó la recibe como se cumple con un deber ó se paga una deuda, júzguese repetimos cómo se recibiría esa orden no apreciada ni aun por parte de aquellos mismos cuya suerte se proponía mejorar.

Ya se ven los esfuerzos que hubo que hacer para contener ese santo y magnánimo arrebató sin entregar ninguna víctima.

Por lo demás, el mismo duque de Angulema era personalmente un obstáculo para la expedición: solitario, descontento de todo el mundo y quejándose de todo á cada paso, estaba amenazando con retirarse á Francia y dejarlo todo en el estado en que se hallaba. Tampoco consultaba el parecer de M. Talaru, ni le dejaba más acción que el corregir las intempestivas medidas que solía adoptar. No concedía confianza á nuestra persona, y se la otorgaba á M. de Villele. Las cartas del príncipe que el presidente del consejo nos leía, estaban llenas de buen sentido, y revelaban juicio y conocimientos militares.

Al mismo tiempo sosteníamos correspondencia con nuestros generales por lo tocante á gobernadores de plazas y jefes del ejército de las cortes. Cuando nuestras naves no habían anclado á la hora fija, cuando nuestras tropas no habían caminado con bastante velocidad y cuando alguna operación no había podido realizarse por falta de embarcaciones de transporte ó de municiones, sufríamos un verdadero suplicio. Desde el jardín de las Tullerías veíamos jugar el telégrafo deseando ó temiendo la noticia que pasaba volando sobre nuestras cabezas. ¡Oh mula cargada con el oro de Felipe, qué falta nos hacías para entrar en las fortalezas de Fernando! Si hubiéramos tenido un tesoro propio de 50.000.000, lo habríamos gastado á trueque de superar los obstáculos. Infimas nos parecían las sutilezas de las negociaciones de Ouvrard comparadas con el objeto que nos proponíamos: necesario era algún dinero cuando se trataba de un asunto del que dependía la salvación y el porvenir de la Francia. Llevábamos exacta cuenta de las horas: un momento de retraso nos sumergía en un abismo de incertidumbre. Todo eran temores en nuestro alrededor: la España iba á escapársenos; la Europa iba á dividirse. Solo una pronta victoria podía justificar nuestra empresa. ¿Qué habría sido de nosotros si hubiéramos tenido que emprender una segunda campaña? ¿Qué triunfo para los que nos habían pronosticado desastres! Habríamos sido considerados como los más locos, mas culpables y mas ineptos de todos los hombres; no habría habido oscuro rincón donde poder escondernos; hechos objeto de la universal reprobación no nos habría quedado más que la ceniza y el cilicio, y la Francia hubiera vuelto á caer en una revolución peor que la primera. Esta idea nos aterraba tanto más, cuanto que no siendo más que ministro de Negocios Extranjeros, y no teniendo la presidencia del consejo, no disponíamos como en una monarquía absoluta de las rentas del Estado y de la voluntad del rey: un discurso de las cámaras, una intriga de palacio podía á cada instante precipitarnos antes de haber dado cima á nuestra obra.

Finalmente, los embarazos de nuestra posición en Francia, venían á darse la mano con las dificultades que teníamos que vencer en lo exterior.

#### LIII.

Conferencias.—Ministros en un gobierno representativo.

Según las antiguas estipulaciones, las cinco grandes potencias debían ocuparse en común de los asuntos concernientes á cada una de ellas. Inglaterra se había sometido á esta cláusula en el congreso de Aix-la-Chapelle con motivo de las colonias españolas; el emperador de Rusia se había conformado con ellas en el congreso de Verona por lo tocante á sus disensiones con la Puerta, y por consiguiente Francia no tenía más remedio que someterse á sufrir esa peligrosa obligación de los antiguos instrumentos auténticos. Los embajadores de Rusia, Prusia y Austria venían al

ministerio de Negocios Extranjeros á charlar sobre los asuntos de España en supuestas conferencias que no teníamos derecho de rehusar. ¿Cómo habríamos explicado francamente á la Europa que nos aventurábamos al peligro de la guerra con la península por solo la esperanza de emanciparnos de los tratados de Viena? Preciso era dejar que la Francia huérfana desde la muerte de Napoleón fuera creciendo

«Hasta que al fin llegará la ocasión que el cachorrito fuera ya león.»

Richelieu y Mazarino no tuvieron contratiempos, el uno para encender la guerra de los treinta años, ni el otro para terminarla. ¿Qué habrían hecho si hubieran tenido precisión de conferenciar con ministros extranjeros, ó de rechazar en la tribuna los ataques de sus adversarios en disposición que ni aun para justificarse habrían podido revelar sus planes? El primer diputado elocuente los hubiera vencido. Toda obra que pida tiempo, secreto, y una misma mano, viene á ser casi imposible en un gobierno representativo tal cual el espíritu francés lo ha concebido. ¿Podrían actualmente seguirse las negociaciones complicadas y misteriosas que al maestro de Luis XIII sirvieron para humillar la casa de Austria, armando los protestantes de Alemania después de haber hundido los de la Francia y haber hecho salir á Gustavo Adolfo de las rocas de la Suecia? Esa vasta máquina habría funcionado con la ayuda del P. Josef que traía en la manga el oro y las promesas, y que siendo interrogado acerca de un hecho en medio de la misa contestaba entre dos *Dominus vobiscum*: «Ahorcad, ahorcad.» Pero si un periódico ó un charlatan de la cámara se hubiera agarrado á la capucha del fraile ¿cómo habría este podido caminar? Un grande espíritu de gabinete no tiene en Francia más seguridad de vida que una legislatura, pues las tres cuartas partes del día se ve obligado á defender miserablemente su persona. La prolongación de un ministerio es hoy casi siempre señal de su mediana capacidad, y no dura más que por una interesante analogía de impotencia entre el gobernante y el gobernado. Las cualidades que dan inmortalidad á un ministro, excitan demasiadas envidias, y son por otra parte rebeldes, es decir, no saben doblegarse á las conveniencias de los magnates. ¿Sabe por ventura todo el mundo enseñar á hablar á una urraca chillona? Si esos hombres superiores carecen del don de la palabra, quedan eternamente perdidos para el Estado. Y téngase entendido, que ese don generalmente es patrimonio de las cabezas huecas. Richelieu mudo habría tenido que ceder el puesto á un legista hablador.

Si se nos opone el ejemplo de Inglaterra; si en ese país lord Chatam y su hijo han gozado muchos años del poder como hombres de Estado y como oradores; si han tenido espacio para realizar sus designios, no hay que atribuirlo sino á que los ingleses no son tan impacientes como los hijos de la Francia, y á que la aristocracia de aquel país participa algo de la constancia, la fuerza y el secreto de aquella monarquía de que puede considerarse como usurpadora y heredera: en la época en que los dos William aparecieron, la democracia no había invadido aun la sociedad. Dudamos que en la Inglaterra de 1838, M. Pitt hubiese conseguido los triunfos ni la existencia que lo elevaron (hace ya cuarenta años) á la altura de los más eminentes políticos. Muchos Jimenez y muchos Alberoni morirán en la actualidad sin darse á conocer.

No se aprecian todo lo suficiente al juzgar los depositarios del poder las diferencias de los tiempos presentes con las de los antiguos: los obstáculos diplomáticos, las intrigas de los gobiernos secretos y absolutos son lo que eran en otro tiempo, y además hay que luchar con las inquietudes de los gobiernos públicos y constitucionales, sin hablar de las indiscre-

ciones y despropósitos de la libertad de imprenta. A la luz de esa libertad que de ningún modo quisimos que se restringiera, es como consumamos la locura de la guerra de España; esa es la luz que volvió á encender la mecha de nuestros cañones recalentados y vueltos á su temple natural. Convenimos en que el peligro fue grave; ¿ pues qué no hubiera dicho la oposición en el caso de que hubiéramos sufrido un descalabro? Preciso era saltar el abismo ó caer en él.

Los ministros que negociaron el testamento de Carlos II, los que influyeron en los asuntos en tiempo de Felipe V, no tuvieron que vencer esas intrigas de gabinetes, esas ambiciones de particulares, ni esas dificultades de carácter que se encuentran así que hay que tratar de los hombres: el gabinete de Versalles no se veía en la precisión de entrar en conferencias con la Europa llamada amiga, ni de restaurar sus fuerzas bajo la vista de la envidia.

El Austria, previendo que nuestro primer cuidado sería asegurarnos de España, había querido desde 1814 poner guarnición en nuestras plazas fronterizas de Cataluña. En Viena se decía, que intentábamos separarnos de la alianza, y formar causa aparte con la Rusia; en San Petersburgo y en Berlin se decía, que íbamos á dar una constitución á la península, y en Francia se decía, que pretendíamos restablecer la inquisición y el rey *neto*. Considérese hasta qué punto nos veíamos abrumados. Era preciso enganar á los amigos y á los enemigos, ó mas bien dicho, no dejar ver nada del fondo de las cosas: era preciso hacer de modo, que Francia resucitara sin que nadie lo echara de ver, y que el gigante apareciera con su maza en la mano cuando nadie tuviera ya fuerzas para desarmarlo.

Eso no obstante, todavía sacábamos algun partido de las conferencias de París contra los enviados de la Alianza en Madrid, y por último, conseguimos hacer desaparecer las reuniones oficiales de estos últimos. El espíritu de esos enviados varió según la longitud y el carácter de las negociaciones. M. Brunetti muy fastidioso al principio de la guerra, mejoró de indole cuando los resultados fueron seguros, y se mostró menos absolutista que sus colegas en la cuestión de las colonias: los Sres. Bulgari y Royez, que por de pronto marcharon en buena armonía con nosotros, se hicieron intratables así que Fernando recobró la libertad y se trató de las antiguas cortes y de la emancipación de las colonias americanas.

Todo se volvía disidencias. El general Bourmont no se avenía bien en España con M. de Talaru; en Viena M. de Caraman pedía dinero ó su retiro; en París, el leal mariscal Victor se veía obligado á dejar su cartera por las prevenciones del duque de Angulema.

No nos sostenía en medio de esos contratiempos mas que la idea de conseguir grandes resultados después de los cuales nos proponíamos volver á nuestras solitarias inclinaciones. Cualquiera que conozca la diferencia que profesamos á las cosas humanas, el poco valor que damos á todo, comprenderá cuánto debió costarnos el sufrir tantas contracciones para ocultarnos de todos los gabinetes de Europa, á fin de que nos prestasen su apoyo moral que necesitábamos contra la Inglaterra, y para no disgustarnos enteramente con esta con objeto de hacer servir sus proyectos á nuestros proyectos, oponiéndola cuando fuera ocasión á la Europa absolutista. Excluyendo la Gran Bretaña de todo lo concerniente á la guerra de España, se daba á entender que no sosteníamos relaciones amistosas mas que con Rusia, Austria y Prusia, y por otra parte queríamos que la Gran Bretaña fuese admitida en las conferencias generales acerca de las colonias españolas á pesar de las potencias aliadas que en sus ideas, imposibles de moderar, pretendían resolver este asunto sin el gabinete de San James.

Los españoles realistas emigrados en Francia eran un nuevo manantial de cuestiones. El arzobispo de Tarragona, el obispo de Urgel y los Sres. Erro y Calderon que hasta entonces se habían hallado al frente de las provincias insurrectas, sostenían que era preciso apresurarse á instalar el gobierno provisional; pero pedían que á la cabeza de este gobierno se colocara el general Eguia. Según lo que ellos decían, la voluntad de Fernando expresada en un real decreto del 10 de enero, prevenía que el general presidiera toda especie de gobierno que se organizaba para trabajar en conseguir la libertad de su augusta persona; esta frase probaba por lo menos, que el rey constitucional se consideraba como prisionero en manos de sus amigos los constitucionales. El Sr. de Balmaseda y el arzobispo de Tarragona nos enviaban protestas de las juntas y de los gefes realistas de Cataluña mediante las cuales aseguraban su lealtad á la regencia de Urgel, y declaraban no querer reconocer otra autoridad.

Por otra parte circulaban manifestaciones combatiendo una proclama que el general Eguia había creído deber publicar en nombre suyo. Esas manifestaciones aseguraban, que la proclama encendería entre los realistas una guerra mas sangrienta que la que afligía al país durante los tres últimos años. Al mismo tiempo M. Berrier me comunicaba una nota que el Sr. Mataflorida le había pedido, y la cual nada tenía de persuasivo ni elocuente mas que la firma de M. Berrier. Dicha nota se expresaba en estos términos.

«El partido del Sr. Mataflorida debe prevalecer. Ya se sabe en París que el general Eguia es un viejo gastado é incapaz, y que el honorable Barón de Eroles, después de haber defendido al Sr. Mataflorida hasta el último instante, no ha cedido ni se ha avenido á entrar en el consejo proyectado sin el Sr. Mataflorida, sino porque la Francia le ha prometido socorros que de ninguna otra parte puede esperar.»

Está muy bien. Pero véase la siguiente carta dirigida por el general Eguia á los Sres. Erro y Calderon: «He recibido nuevas comunicaciones en que se me manda notificar al marqués de Mataflorida, que en lo sucesivo renuncie á toda idea de conservar el poder que ha usurpado y no comprometer á S. M. dirigiéndole últimamente cartas en que nombra las personas y las cosas. Haced entender al sabio gobierno francés la necesidad que hay de contener al marqués de Mataflorida.»

¿Cómo pues nombrar un gobierno provisional compuesto de los generales Eguia y Barón de Eroles, del arzobispo de Tarragona, del obispo de Urgel, del consejero Calderon, y del intendente general del ejército realista, el Sr. Erro, cuando el general Eguia era rechazado por un partido que lo calificaba de viejo gastado é incapaz, y cuando el marqués de Mataflorida rechazado por Fernando pasaba en concepto de otro partido por un ambicioso y atolondrado?»

Pasaron ante nosotros como sombras, diversos gefes mas ó menos oscuros que posteriormente adquirieron alguna celebridad como los Sres. Córdoba, Quesada y otros. En medio de esos suplicantes no podíamos menos de hacer tristes reflexiones acerca de los humanos destinos: pensábamos en que habiendo nosotros mismos sido emigrados en Londres habíamos visto á nuestros compañeros pedir socorro y desgarrarse mutuamente. Profesábamos amor á la España (1): bajo su hermoso cielo y en sus moriscos pa-

(1) De aquí nacen sin duda las injustas calificaciones con que á cada paso la obsequia. Nada tiene de extraño: no hay amor sin zelos.

lacios habíamos alimentado las ilusiones de la juventud, en aquella época en que los sueños no son fantásticos como lo son en la *estacion de la caída de las hojas*; habíamos atravesado la Iberia de los antiguos cristianos en el momento en que exhalaba por decirlo así su último suspiro antes de la invasión de Bonaparte, y nos habíamos aficionado á esa valerosa nación, tanto por nuestros recuerdos, como por la singular profecía que habíamos hecho de su resurrección en el *Genio del Cristianismo* cuando dijimos:

«La España separada de las demás naciones, presenta á la historia un carácter mas original: la especie de establecimiento de costumbres en que reposa el será tal vez útil algun dia; y cuando los pueblos europeos estaran gastados por la corrupción, ella sola podrá reaparecer con brillo en la escena del mundo, porque el fondo de sus costumbres habrá seguido subsistiendo en ella.»

Predicción tan gloriosamente cumplida por ese noble pueblo.

Los últimos enredos de que tenemos que hacer mencion son los que en París nos ocasionaban nuestros amigos y enemigos y nuestros trabajos en el consejo y en las cámaras. Si esos enredos no obraban directamente en los asuntos de España no dejaban de hacerlo de un modo indirecto, pues sus embrollos y su estudio distraían nuestra atención, inspiraban desconfianza entre los miembros del gobierno y rompían esa unidad tan necesaria en la acción administrativa, y en la mayoría parlamentaria.

Lo cierto es que no gozábamos de crédito alguno en el ministerio, todo se hacia entre M. de Corbiere y M. de Villele. Este último con una destreza maravillosa rectificaba las cuentas y corregía las equivocaciones de sus colegas. Por lo tocante á negocios extranjeros solía decir que no entendía una palabra, y en ese particular era mucho mas modesto. Cuando le hablábamos de las dificultades que encontraba en Londres ó en Viena solía contestarnos: «¿Y eso qué importa, querido? ¿Qué tenemos que hacer con lo que dicen? Vamos á nuestro asunto; cuidemos bien de la hacienda. Eso otro arreglado como os dé la gana, querido mío: eso es incumbencia vuestra.» Sembrante desdeñoso nos causaba risa, y en el fondo participábamos de él; pero las palabras de M. de Metternich y de M. Canning nos hacían pasar malas noches.

Los realistas nos acusaban de no hacer nada por ellos: ¿podíamos hacer algo para nosotros mismos? No sabíamos ni tomar, ni pedir.

Los consejos en la cámara del rey y en el despacho del presidente, aumentaban nuestras elucubraciones: era preciso confeccionar presupuestos y ocuparse de leyes tales como la de la septennialidad, que es obra particular nuestra.

La deuda americana, cuyo pago pedía cada año el ministro del congreso, nos obligó á estudiar los trabajos de nuestros antecesores. Es posible (hecha abstracción del tratado no llevado á efecto de la cesión de la Luisiana) que la Francia debiera cinco ó seis millones; pero si esta suma podía razonablemente ser pedida antes del discurso del presidente Jackson, no debía considerarse como pagadera después de haberse pronunciado aquel discurso. No comprendemos que nunca se pague á quien quiera que sea que os insulte, á menos que anteriormente no haya este pagado á su vez la deuda de honor. Una nación no debe, ni mas ni menos que un particular, dejarse ultrajar por nadie. Francia dió la libertad á los Estados-Unidos, y no es una nación tan pequeña que no pueda obligarlos á recordarlo.

Durante el curso de los sucesos á que estamos alu-

diendo tuvimos que enviar una butaca mecánica á Pio VII; tuvimos que ocuparnos de un cónclave; tuvimos que cuidarnos de nuestras pequeñas legaciones para atraernos los pequeños Estados, y por último tuvimos que tener la vista fija sobre Portugal, cuyos movimientos eran tan peligrosos para nosotros.

En el interior de nuestro ministerio pensábamos en remover los consulados. Recibimos de uno de nuestros empleados un abultado paquete de notas acerca del personal del ministerio de nuestro cargo: todavía conservamos en nuestro poder ese paquete sin haberlo leído: jamás lo leeremos. M. de Hauterive, creyéndose enemigos de la septennialidad nos entregó una memoria en el sentido de la opinion que nos suponía: aquel mismo día puso en nuestras manos otro trabajo en sentido contrario; esto nos divertía.

Por lo tocante á los fondos secretos exigimos recibo de cuanto se invirtió: nuestras cuentas fueron presentadas al rey y merecieron su aprobación como lo atestigua la carta de M. de Villele. Habiendo sido entregadas cartas de electores á nuestros gefes de sección les prohibimos asistir á los colegios si no pagaban la contribucion exigida por la ley. Cuando ocurrió el caso de reunir todos los requisitos y nos suplicaron designáramos un candidato, les dijimos que votaran según su conciencia.

No se hallaba todavía abolido el gabinete negro, esa miserable invención de la antigua monarquía, adoptada después por las demás potencias, por el directorio y por Napoleón. De ese gabinete nos remitían lo concerniente á nuestro departamento: no leímos mas que algunos despachos del cuerpo diplomático; sin leerlos habríamos adivinado su contenido.

Una carta de cierto fátuo de Viena vino por casualidad á caer en nuestras manos: escribía desde París á una mujer desgraciada; habían creído que eso pertenecía á negocios extranjeros.

No teníamos hora fija para dar audiencia; entraba el que quería; la puerta de nuestro despacho estaba siempre abierta.

Entre los necesitados de dinero y de intrigas de toda clase, avanzaban en procesion hácia la calle de Capuchinos misteriosos y estúpidos personajes con la levita parda abrochada hasta el cuello, y pareciéndose á unos graves é inteligentes cofres llenos de papeles secretos. Venían los soplones novicios á espaldas de la república, del imperio y de la restauración; olvidando lo que debían decir, decían de cada cual cosas extrañas; luego se presentaron los traficantes de sueños; no los compramos; en todo caso habríamos podido venderlos. Hubo señores que pusieron en nuestras manos abultados cuadernos de memorias cargadas de notas y contranotas explicativas y corroborativas. Se presentaron señoras útiles que hacían el amor con novelas, como antes se hacían novelas con el amor. Unos pedían empleos; otros algun socorro; todos se denunciaban mutuamente; todos se hubieran agarrado de las greñas sino hubiera sido porque esa clase de muertos de todos los sistemas políticos estaban completamente calvos. Había algunos de ellos bien sucios; pero no estaba en su mano el impedirlo. Un venerable prelado tuvo á bien consultarnos: hombre de costumbres austeras y de religion sincera, luchaba sin embargo en vano contra una naturaleza avara; en su aposento no se encendía de noche mas luz que la de la luna, y si hubiese tenido la desgracia de perder su alma, no habria dado un cuarto para rescatarla.

Nobles galanes con el peinado como en tiempo de la Orden de Malta nos contaban sus amores de antaño entre paréntesis políticos; otros menos fogosos tenían las virtudes de las cualidades que les faltaban. Personas recomendadas anticipadamente como provistas de grandes ideas y de sentimientos religiosos nos honraban con sus consejos: estos tales habrían sido

malos si no hubiesen sido cobardes; habrían dicho que tenían ganas de despedazarlos, pero el temor les hacía envainar las uñas.

Solicitaron nuestra audiencia ciertos calaveras del terror; raza superficial que había ofrecido sus servicios á la muerte.

En cierta ocasión nos anunciaron un banquero, que sin fórmula ninguna oratoria nos manifestó pertenecer á *casas respetables*, y que si nos era posible comunicarle noticias telegráficas, mi excelencia podría aprovecharse del negocio sin causar el mas leve detrimento á los fondos públicos. Fijamos con asombro nuestra vista en aquel hombre y le suplicamos saliera cuanto antes por la puerta si no prefería salir por la ventana. El hombre no se movió de su puesto y siguió mirándonos tambien con asombro. Tiramos del cordón de la campanilla, y entonces el hombre se retiró con su tentador millon. ¡Qué ignorantes y estúpidos fuimos! ¿Habría nadie sabido el buen negocio que estábamos haciendo? ¿Dejaríamos hoy de ser menos considerados porque se hubiera sabido? En vez de tener que agarrarnos á la cola del diablo viviríamos en magníficos salones y daríamos espléndidas comidas; todavía nos llamarían *Monseñor* por cortesía, y pasaríamos por hombre de Estado.

La fortuna rechazada en esta ocasión volvió á la carga bajo la forma y en traje de mujer; era una jóven que no pudiendo conseguir de sus padres licencia para viajar nos suplicaba le diéramos un pasaporte por el ministerio sin que tuviera que intervenir la policía. También tenía que decirnos algo de particular acerca de nuestros *intereses*, si le concedíamos la gracia de oírlo, aunque desde luego convino ruborizándose que el paso que iba á dar podría parecernos extraordinario. Entonces echó á un lado el perfumado velo de su sombrero con una mano blanca, juvenil, ligera, despojada del guante y desembarazada de una rosa. Dímosle gracias por la confianza que intentaba dispensarnos, y añadimos, que como no teníamos *intereses* particulares, la dispensábamos del fastidio de nuestra curiosidad, y por último que tal vez no faltaría alguna persona de buena educación en la policía que le facilitaría el pasaporte, ó que sus mismos padres no llevarían la inhumanidad hasta el extremo de impedirle que fuera á dar un paseo por los Alpes. Dicho esto acompañamos con toda galantería á la tentadora fortuna hasta la puerta. No era en verdad ciega ni calva como suelen pintarla; no conservaba de los atributos con que la engalanan los poetas, mas que las alas que había conservado en sus ligeros pies *Dea mobilis*, tal cual la habíamos visto por los aires en Venecia. No estando todavía muy seguros de nuestra victoria, echamos el cerrojo á la puerta. San Bernardo dice que es preciso tener un saludable terror de esas vírgenes que llevan tesoros en un vaso de barro.

Después de esta viajera apareció un hombre al parecer corto de genio, dando vueltas al sombrero que llevaba en la mano y limpiándolo con el codo; sin embargo nada podía darse mas sereno que aquel hombre de recursos, de talento y de imaginación en materia de empréstitos. Ya lo habíamos visto en Verona. Nos explicó sus planes de una manera algo difusa; no eran claros, pero eran ingeniosos: si la luz no penetraba en todas sus cláusulas, las sombras que dominaban en algunos puntos estaban artísticamente colocadas y en caso dado podrían desaparecer como por encanto; por lo demás aquel cambiante de efectos y de monarquías, no dejaba de tener cierta elegancia. Según dice un adagio español, el que fue hermoso en su juventud guardó algo de su belleza para resistir á los ultrajes del tiempo. (*Quien tuvo, retuvo*, etc.) La desgracia de los años postreros se ceba con menos ahínco en quien retiene algo de la juventud.

Para librarse de ese enjambre de moscas que andan zumbando por donde quiera que cae una gota de oro,

no teníamos, como el almirante turco de M. Choseul-Gouffier un león domesticado que viniera á oler las manos de los que nos visitaban; pero teníamos un cierto negrito que se escurria entre sus piernas, los molestaba ó interrumpía sus discursos. Este negro nos había sido enviado de Egipto por nuestro huésped y amigo M. Drovetti. Era hijo de un príncipe y se llamaba *Morgan* (perla), nombre de ternura dado por su madre, que murió esclavo, huérfano privado de su trono de ébano. *Morgan* murió en el colegio de la Propaganda en Roma, donde lo pusimos con la esperanza de que algún día fuera arzobispo de Etiopía. Allí exhaló su postrer suspiro al despuntar de un día, en una aurora como la de su vida. Aquella *perla* de su madre fué á adornar á esta en el cielo. Aquel pequeño príncipe negro, así como el otro príncipe blanco, fueron por befa de la suerte encomendados á nuestra debilidad. Mejor habríamos estado con él bajo la sombra de una palmera en las fuentes del Nilo, que él con nosotros bajo los doseselos de S. M. Cristianísima en el ministerio de Negocios Extranjeros.

Abundaban las cartas que se nos dirigían, bastante amenazadoras, sobre todo antes y al principio de la guerra. En ellas se nos decía la verdad, y no eran muy á propósito para permitirnos seguir nuestros planes y nuestra correspondencia diplomática libremente.

«El ejército de la fe, se nos decía en una, causa horror en todas partes, no vamos acercárenos una sola persona conocida ó de distinción. La artillería se manifiesta indecisa en su totalidad. Después de la artillería estan los cazadores en la primera línea de operaciones.

«*Bien se conoce que os proponéis conquistar las orillas del Rhin*, pues no haceis caso de ningún parte.

«¿Cómo podeis poner os tan rojo de cólera, y eso porque M. de Villele (1) ha convertido en bolsa la casa de juego? ¿Sabeis que Dios os castigará por haberos enfadado?

«¿La realización de todos vuestros planes en España producirá la consecuencia de poner al frente de los negocios en Francia al abate La Mennais, á Franchet y á toda la clericala? La bandera blanca os causa todas las mañanas una pesadilla y no oculta ya sus esperanzas.

«Sabeis que todo se va poniendo de acuerdo, que los republicanos, así como los bonapartistas puros se han convenido en hacer un sacrificio político, y que todos convienen en lo tocante á M..... Gran servicio sería refundir todas las opiniones en una, pues bien, ya está hecho.

«El coronel M..... acaba de hacer una caricatura muy ingeniosa: en ella se representa el ejército francés comprometido en el paso de unas montañas, y los españoles agrupados en lo alto de las rocas diciendo: Pasen adelante, señores: *aquí se paga á la salida*.

«Los ingleses estaran en Portugal antes que el ejército francés haya tomado posiciones cerca del Ebro. Se deja formar una colosal opinión acerca de la guerra, y las agonías de la irresolución aumentan el mal.

«Decidme que esa inmensa tela de araña que se llama ejército francés no será desgarrada por los españoles á la manera de Bailen. Suponed que ese estúpido Fernando no se deja embarcar en Cádiz, como lo que es, como un fardo. ¿Quién os habrá dicho que la entrada en Madrid, no hará bajar los fondos mas de

(1) Dejamos aquí consignado este nombre, porque habiendo salido del ministerio sin haber aumentado su patrimonio, después de haber manejado tantos millones, puede servir de tipo de los hombres de la restauración, ó de los que principiaron á figurar en ella.

## LVI.

## Cartas diplomáticas.

Las cartas que siguen á continuación son casi todas nuestras, y no hemos mezclado entre ellas otras de reyes, ministros, generales y embajadores, mas que para formar el eslabonado, instruir al lector acerca de lo que se pensaba de Francia en los diversos pueblos y en las diversas córtes y aclarar algunas cláusulas de nuestras mismas cartas. Curioso será para los aficionados á la historia el ver lo que escribían en una época memorable todos los hombres que se ocupaban de los asuntos de Europa. En las pocas cartas que insertamos de las que se nos dirigieron, hemos suprimido todo lo que tenía una intimidad directa con tal ó cual personaje. Así es como en la hermosa colección de cartas de M. de la Ferronais hemos suprimido todo lo que las injustas prevenciones hacían decir al emperador Alejandro acerca de la administración de M. de Villele, de quien no podía ser buen juez.

Esta correspondencia se abre casi por las cartas de M. Canning que anteriormente hemos tenido ocasión de alabar y admirar. La imaginación domina en esas inspiraciones del talento y de una rivalidad demasiado honrosa para nosotros. Aquella brillante imaginación se expresaba con un arrebató y una facilidad prodigiosa. El ministro británico procuraba atraernos á un terreno sobre el cual rehusábamos el combate; aparentaba ignorar la cuestión francesa; se echaba sobre la guerra de sucesión, de la cual no le decíamos una palabra; nos hablaba mal de Fernando, de quien no formábamos juicio mucho mas desfavorablemente que él, como ya hemos tenido ocasión de darlo á entender en los documentos del congreso de Verona; nos indicaba para amedrentarnos la astucia del gabinete de Viena, recordando á la España su grandeza en tiempo de la dominación austriaca; malicia de Gentz que no se nos había ocultado. Dos veces reproduce la memoria de la revolución de 1688, esperando como buen inglés que España la imitará: supone que, si el gobierno español, de cuyos excesos nos quejábamos, nos echaba en cara los nuestros, nos veríamos muy turbados.

No me era posible entrar en controversia acerca de estos diferentes puntos, porque no se trataba de todo esto, y porque, por otra parte, no podía descubrir á lord Canning el fondo de mi pensamiento relativamente á la guerra de España, en cuanto á la necesidad en que estábamos de aprovechar la ocasión de unir la península á la Francia, de la que nunca debía hallarse separada. Así, pues, en nuestra correspondencia, M. Canning es el poeta y yo soy el hombre de negocios. Las cartas de M. Canning son largas, verbosas, atractivas y agradables, al paso que las mías son breves, secas, positivas y encaminadas á su objeto; el buen éxito es lo único que faltó á la elocuencia de mi ilustre amigo.

Cuando M. Canning, al impugnarme, me trata con una amistad y una consideración tan halagüeñas; cuando, en la otra extremidad de la escala, Cobbet cree que yo cumplía mi deber como francés; cuando algunos soberanos importantes, porque influyen en la suerte de los pueblos, se ven precisados á reconocer algún valor en mis trabajos; cuando, en sentido opuesto, MM. Benjamin Constant, Carrel y Beranger, me conceden ideas aplicables, me inclino á creer que no he sido del todo inútil á mi siglo. Pero estos impulsos de vanidad no son duraderos, y un momento después me avergüenzo de ellos (1).

(1) ¡Qué modestia tan admirable, la del autor!

dos francos? Pues tened entendido que eso estaba previsto por todos los que aseguran que desde aquel punto es cuando principian la guerra, vuestras dificultades, vuestras molestias, vuestros inmensos gastos, vuestra escasa fuerza, y vuestra imposibilidad de negociar.»

Otras cartas embarazaban tambien nuestros trabajos políticos, dándonos ocupaciones no tan cansadas, es cierto, pero no menos propensas á distraernos. Dirijíanse á nosotros por servicios que teníamos la fortuna de hacer ó de solicitar. Procurábamos demostrar á las personas cuya enemistad política nos era conocida, que la legitimidad despojada de pasiones, era buena, sincera y atenta.

Bajo este concepto M. Saint-Edme nos escribió una carta muy generosa en favor de M. Barginet; M. Coste nos daba claramente á entender que creía en nuestro sincero amor de la libertad de opiniones; dos poetas, los Sres. Lebrun y Arnault, se dignaron creer que nos interesaríamos en la prosperidad de sus hermosos trabajos poéticos, y en lo sucesivo pudieron conocer que no se habían engañado. Finalmente, tambien recibimos varias cartas de M. Benjamin Constant. Es muy consolador para nosotros el ver que unos hombres que al principio fueron adversarios nuestros, se hayan convertido en amigos: testigos los Sres. Benjamin Constant, Beranger y Carrel. En prueba de esto, daremos al fin de esta obra las cartas de esos ilustres contemporáneos: será un presente que haremos á su patria.

Así es como al través de los consejos, de los discursos de las cámaras, de los proyectos de ley, de las solicitudes, de las quejas, de las audiencias, de las visitas, de las comidas y de los bailes (tambien los dábamos), así es como contrariados de mil maneras, proseguimos nuestras operaciones de la guerra de España, pasando noches en el bufete, teniendo todavía tiempo para escribir nuestras *Memorias* y de ir en recuerdo de nuestra vida errante á buscar alguna imagen de esta vida: *Nebula per inane volantes*. No guardábamos ya contemplaciones con los asuntos: todos estaban embobados de verse tratar tan caballerescamente, y como al fin es preciso atender á todo, en medio de aquel caos pensamos en abrir negociaciones con los habitantes de Saint-Malo, á fin de que nos concedieran sepultura en aquella playa que presencié los juegos de nuestra niñez. Esta negociación duró mas que la guerra de España; el genio militar no cede fácilmente seis pies de arena; sin embargo, consentimos en que nuestra arcilla sirva de gavión á nuestra patria. Pocos ministros, pocos ministros triunfantes se han ocupado de su tumba: cada cual está bien, allí donde está.

Mas ya es tiempo de que ofrezcamos á la vista del lector las cartas concernientes á la guerra de España que contienen hasta la emancipación de Fernando; las transacciones cuyo análisis hemos hecho ya. El gabinete de un ministro va á abrirse á los ojos del público, estando aun en vida los que dirijieron los asuntos, y en presencia de una parte de los que los presenciaron. Los secretos de los hombres son tan sanos, esos hombres son tan pequeños, y esos reyes y esos reinos son tan poca cosa, que en verdad no merecen que uno se tome la pena de ocultar tantas miserias.

Cuando á fuerza de investigaciones se ha descubierta que tal suceso ha sido obra de la casualidad, de una criada, de un dependiente, ó de la conversación de dos personajes desconocidos hasta entonces; qué es lo que se ha ganado con la *manifestación* de aquella *alta* verdad? Que los sucesos se verificaron de esta, ó de aquella manera, poco importa; los hombres pasan rápidamente; los sucesos de su transitoria vida se abisma en la larga y perdurable vida de la humanidad. Nada nos parece mas digno de risa que la importante tauturnidad de los misterios de Estado.